Traductores profesionales y profesionales traductores

¿*Big bang*: gran explosión o gran pum?

ANTONIO CALVO ROY*
Periodista científico

«¿Y no podrías explicar entre paréntesis qué es exactamente la teoría de la relatividad?» Además de utilizar el lenguaje correctamente, quienes nos dedicamos al periodismo científico debemos escuchar, y responder, a cuestiones como está, que nos hace el redactor jefe, después de haber leído la pieza y cuando el cierre esta ya muy próximo. Y no resulta fácil explicar la teoría de la relatividad utilizando todas las palabras que uno quiera, así que como para hacerlo entre paréntesis.

Esta, la del binomio tiempo espacio y su escasa relatividad —nada más exacto que las 60 líneas de un reportaje y las cuatro horas para pergeñarlo— es una de las dificultades que tenemos, pero no la única. El uso de términos científicos exige con frecuencia un dominio de un inglés del que carecemos, sobre todo porque se trata de lenguajes especializados. Por ello reviste especial importancia para nosotros poder contar con herramientas adecuadas, es decir, con diccionarios especializados.

El trabajo del periodista científico se hace, en buena parte, en inglés. No solo en las entrevistas con científicos no hispanos, sino en la consulta de fuentes originales. Con mucha frecuencia es necesario poner en español conceptos para los que no tenemos una traducción clara, porque aún no la hay o por simple (y honrada) ignorancia, porque, aunque sea tirar piedras contra mi propio tejado, he de añadir que son conceptos que en algunos casos no entendemos en toda su profundidad. Por lo tanto, para los periodistas la consulta de diccionarios especializados es de vital importancia y, lamentablemente, no hay de todas las áreas. *El Diccionario de términos médicos* de Fernando Navarro es un ejemplo lamentablemente poco frecuente. Eso nos lleva a utilizar términos con imprecisión (en el mejor de los casos) o erróneamente.

Por otra parte, con frecuencia los científicos tampoco son partidarios de buscar traducciones para algunos términos, que utilizan directamente en inglés. Así, entre nuestra ignorancia, la ausencia de fuentes documentales y el escaso rigor de los científicos, el resultado es bastante pobre. Internet puede ayudar a desecar esta laguna o, más bien, citando a Augusto

Monterroso, esa cultura lacustre que tenemos, poniendo al alcance de la mano glosarios que solucionen este problema.

Creo, además, que esta preocupación es compartida por algunos investigadores, tal y como afirma Margarita Salas, quien, además de haber adquirido una enorme relevancia e influencia científica, ha sido recientemente elegida académica de la lengua. Dice Salas, y cito textualmente, que «estamos ante un problema lingüístico muy grave porque cada uno hacemos la traducción que queremos. De una palabra en inglés, que es un idioma muy preciso, continua Salas, surgen 20 en español». Y pone como ejemplo «*leaky*, que —dice— define una mutación que no es eficaz al cien por cien, es decir, que se escapa algo. Unos la traducen como 'mutante gotera', otros que 'rezuma' y otros no la traducen. Y es que no tiene traducción oficial. Otro ejemplo: hay dos secuencias en el ADN, *upstream* y *downstream,* que están hacia arriba o hacia abajo respecto a un punto. Y decimos 'corriente arriba' o 'corriente abajo' o 'aguas arriba y aguas abajo'. A mí ninguna me gusta, la verdad». Y termina diciendo: «Hay que buscar una traducción oficial más o menos correcta»[92].

El hecho de que la ciencia se haga en inglés y que los científicos trabajen en inglés es sin duda un argumento importante a la hora de la pereza de los investigadores para buscar una traducción adecuada. No son términos de uso común y, cuando los usan, lo hacen o bien porque están hablando inglés o bien porque, aunque hablan en español, lo hacen con colegas que también conocen y utilizan esa terminología específica. Y, con frecuencia, piensan que si utilizan el término en español con periodistas sus colegas van a pensar que no lo saben decir en inglés. No podemos olvidar que decir alguna palabra en otro idioma siempre se ha considerado de buen tono; y si es dentro de un contexto científico, se ha de dejar claro que uno ha trabajado algunos años en un laboratorio de Estados Unidos.

Por otra parte, es muy probable que existan razones más legítimas que el impresionar a los contertulios. Y una de ellas es la precisión, algo que para los científicos tiene una importancia capital. Como dice el historiador de la física Norton Wise, en el libro *The Values of Precision*[93] (*El valor de la precisión*) «cinco ohmios viajan como cinco kilos de patatas». Lo que se puede medir con exactitud viaja mejor que aquello que no se puede medir y, en cierto sentido, nombrar las cosas es ponerles medida, saber con precisión dónde empiezan y dónde acaban, determinarlas con exactitud.

[92] *El País*, 30 diciembre del 2001.
[93] *The Values of Precision: Enlightenment Origins.* Editor: M. Norton Wise, Princeton University Press 1995.

Por lo tanto, traducir un término en inglés, que es muy preciso y que cuando lo dices sabes exactamente a qué te refieres y, sobre todo, sabes lo que entiende tu interlocutor, por otro término en español que puede ser ambiguo, es una decisión que los científicos no se atreven a tomar a la ligera.

En este sentido, el *Diccionario esencial de las ciencias*, de la RAE, es una buena herramienta, sin duda mejor que sus antecesores, unos vocabularios que dejaban mucho que desear. Sin embargo, tal y como señala Salas, muchos de estos términos deberían estar también en el diccionario normativo, precisamente para que, además de describir qué son, la RAE tuviera, mediante su diccionario, la función normativa que es necesaria en un campo con tan pocas normas y, sobre todo, con tantas opiniones y tan pocos criterios.

Eso requeriría una agilidad a la que la Academia no nos tiene acostumbrados, aunque es de justicia reconocer que en los últimos tiempos ha perdido parte de su anquilosamiento. En palabras de la académica Salas, «sería importante que la RAE estableciera oficialmente su traducción y que los profesores de España e Iberoamérica la adoptasen».

Así, ante esta situación, los profesionales no traductores que debemos utilizar fuentes originales nos encontramos con frecuencia con la necesidad de encontrar «autoridades» que nos digan cuáles son las traducciones correctas. El trabajo del periodista científico tiene una parte que necesariamente ha de hacerse en inglés, puesto que esa es la lengua franca de la ciencia. Pero poner en español algunos términos no es tarea sencilla, como queda dicho y, por lo tanto, con enorme frecuencia caemos en la tontería de utilizar en inglés lo que podemos nombrar en español.

Uno de los ejemplos más evidentes es el del *big bang*, al que en España nadie llama gran explosión, tal y como hacen por ejemplo, en México. Quizá fuera un exceso llegar a traducirlo como «gran pum», como alguna vez he leído, pero llamar al *big bang* gran explosión debería ser la norma y no, como es en realidad, la excepción. Y no nos olvidemos que el nombre fue puesto en el año cincuenta por el astrónomo Fred Hoyle para descalificar el modelo que, según él, no servía para explicar el origen del universo. Y, sin embargo, puede que el nombre haya hecho más por la fama de la teoría que haber encontrado la radiación de fondo.

Y es que la originalidad y la capacidad de sugerencia es clave en el éxito de los nombres. Buena parte de las teorías científicas necesitan un buen nombre para ser populares. El nombre de gran explosión es una buena prueba de ello, pero hay otros muchos. Por ejemplo, decir agujero negro es mucho más evocador, sugiere mucho más, que el nombre de LTAG, lugar

con tremenda atracción gravitatoria o EMAL estrella masiva que atrae la luz. Desde luego, agujero negro es un hallazgo, como quark, agujeros de gusanos, tiempo reversible, efecto invernadero, guerra de las galaxias, el caos, teoría de las catástrofes...

Así que ahí estamos los periodistas científicos, teniendo que explicar la teoría de la relatividad entre paréntesis y teniendo que poner nombres a cosas que no sabemos ni qué son ni para qué sirven. Y, además, con pocos diccionarios especializados. Pero, recordando otra vez a Augusto Monterroso, autor de un cuento en el que el protagonista prefiere morir de hambre a traducir una obra intraducible, podemos aún tener esperanza. «Hay errores de traducción que enriquecen momentáneamente una mala obra. Es casi imposible encontrar los que puedan empobrecer la de un genio: ni el más torpe traductor logrará estropear del todo una página de Cervantes, de Dante o de Montaigne», dice este autor hondureño, guatemalteco y mexicano en su libro *La palabra mágica*. Y añade: «Por otra parte, si determinado texto es incapaz de resistir erratas o errores de traducción, ese texto no vale gran cosa»[94]. Claro que quizá no haya que fiarse mucho de Monterroso, si juzgamos lo que de él dice Lars Bjurman su traductor al sueco: «No me deja de asaltar la duda de que Augusto Monterroso sea intraducible». Eso coincide con la opinión que tiene Monterroso de los traductores, «seres por lo general más bien melancólicos y dubitativos». Por cierto que este genial autor considera uno de sus mayores éxitos personales haber sido traducido, por fin, al latín.

Confío, con la ayuda de los expertos aquí reunidos, y de otros que no han podido venir, que los periodistas que tenemos que trabajar en inglés contemos pronto con muchas más obras como la de Fernando Navarro para, en la medida de lo posible, no estropear nada más que lo imprescindible aquellas buenas historias que contamos. Y, si no, al menos que la benevolencia del juicio de Monterroso caiga sobre nosotros.

[94] *La palabra mágica*, Augusto Monterroso, Ediciones Era, México, 1984.

* Periodista especializado en ciencia y medio ambiente; autor de varios libros de divulgación y colaborador en periódicos y revistas. Ha trabajado como jefe de prensa de diversas instituciones. En la actualidad es director de Divulga, una empresa de comunicación científica dedicada a la edición de libros y elaboración de guiones de exposiciones y documental